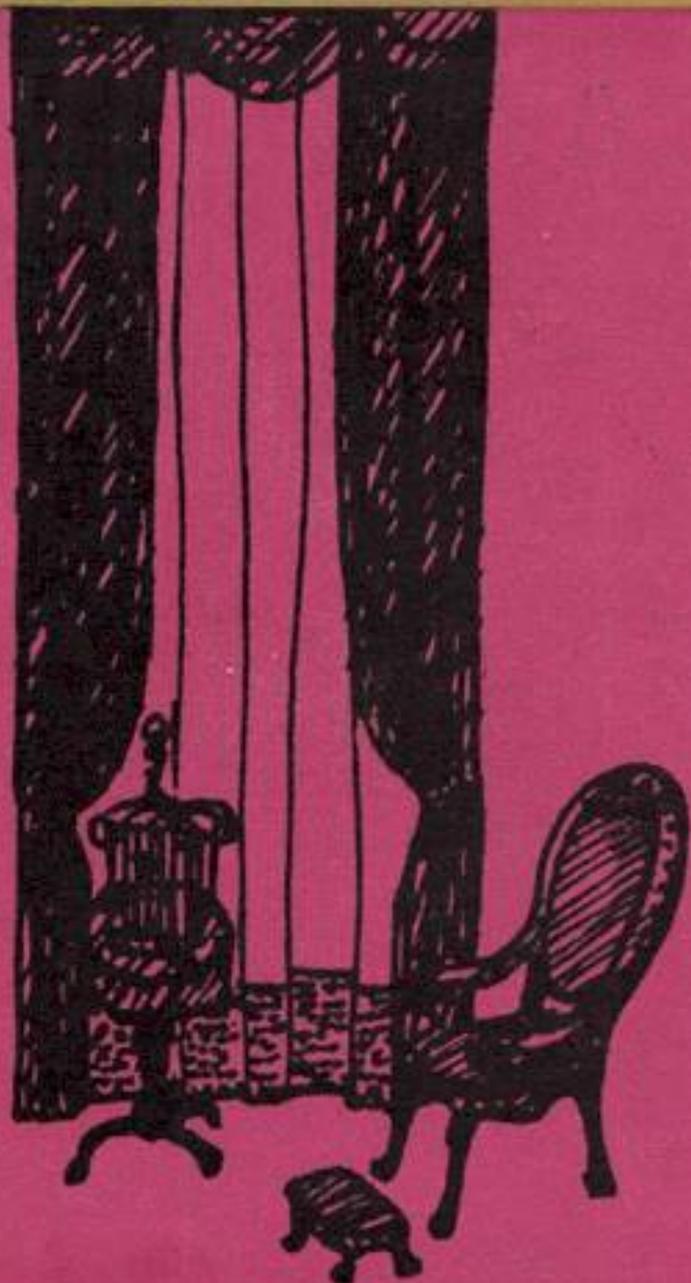


Ramón J. Sender

El rey y la reina



Un palacio aristocrático madrileño en los días anteriores a la guerra civil española. El exhibicionismo erótico de la ama de la casa, la duquesa de Arlanza, hiere el sentimiento ético del jardinero de palacio, el último siervo en la escala de valores feudales que rige aún en la época: «Rómulo —el jardinero— no es un hombre». El 18 de julio de 1936 supondrá el inicio de una inversión de las relaciones sociales: los milicianos ocupan el palacio en el que la duquesa permanece escondida. Rómulo se hace dueño de la situación y trata de convertirse en «hombre» a sus propios ojos y a los de sus amos.

Los dos planos narrativos que usa Sender en la obra —el anecdótico, en un estilo directo y realista; y el de la proyección de lo real a niveles imaginativos, o poético-alegórico— no son sino dos distintos niveles de captación de la realidad humana en busca de su significado último.

La trama es de una barroca complejidad, estructural y temática, y de una sugerente densidad alegórica: la duquesa es el ideal, la España tradicional; Rómulo es el español elemental, heroico, fuerte, que ambiciona poseer el arriesgado ideal... y lo único que hace es destruirlo. Sin embargo, no se trata de un relato de afirmación política, sino de una historia de afirmación humana: la servidumbre desaparece, pero lo importante para el protagonista es «salvar» a la duquesa, convertirse en rey junto a una reina inaccesible.

Al recuerdo de mi hermano Manuel, fervorosamente.

R. S.

I

A cada lado del arranque de la escalera había una silla de mano del siglo XVI de madera plateada y seda azul con relieves renacentistas en las portezuelas. Bordado en la tapicería interior se veía el escudo —tres cabezas de jabalí en campo de gules— con la divisa, que decía en menudas letras góticas: «Más por la empresa que por la presa». Esos detalles y otros parecidos daban a una parte del palacio un cierto aspecto de museo que la duquesa encontraba afectado.

El palacio tenía tres pisos y una torre monástica que se elevaba dos más sobre el ala norte. Lo envolvía por tres de sus frentes un parque cuyos árboles asomaban por encima de los muros sobre una callejuela silenciosa. En los años 1928 y 29 los duques habían dado en aquella casa las fiestas más suntuosas de la corte. Los reyes asistieron a ellas. En esas noches de gala el edificio y el parque estaban discretamente iluminados. Reflectores ocultos entre las molduras enviaban una luz difusa sobre los parterres y de los macizos de boj partían claridades vagas que envolvían el palacio en un aura irreal. Rómulo, el portero y jefe del parque, miraba con orgullo la gran alfombra azul cubriendo las escaleras exteriores y extendiéndose sobre la arena amarilla, bajo la marquesina. Y todavía sobre la alfombra había un encintado de felpudo blanco que iba desde la puerta —con la anchura de la puerta misma— hasta el lugar donde el coche real se detenía. Rómulo había visto varias veces al rey, por cuya presencia física no tenía respeto alguno. Le parecía un maniquí, un muñeco mecánico con largas piernas de

madera terminadas en los mejores zapatos del mundo. Las fiestas duraban casi toda la noche, pero los reyes se retiraban pronto y cuando se habían ido, Rómulo el jardinero iba a pedir al mayordomo que le permitiera apagar las luces del parque porque «aquellas luces molestaban por la noche a los árboles, a las plantas y sobre todo a las flores».

La familia de los Arlanza era la de la duquesa. El marido era duque del Alcanadre, pero por el hecho de habitar el palacio de los Arlanza todos seguían llamándolos por este nombre, lo que a la duquesa le gustaba como un reconocimiento de la mayor solidez social de su familia, y al marido le era indiferente. El viejo duque propietario del título había regalado la casa a su hija y a su yerno y esto suponía una cesión de varios millones. No es que el duque fuera un hombre generoso, sino que a medida que envejecía se le hacía más penoso vivir allí. Tenía miedo, por razones largas de explicar, a las habitaciones donde murió su esposa. Por otra parte creía que no tenía derecho a vender el solar de los abuelos.

La sala de armas estaba en los sótanos y en ella había una piscina cubierta. Aquella piscina representaba —lo mismo que el ascensor instalado al pie de la torre— una innovación atrevida en la tradición del palacio y allí iba la duquesa casi diariamente a nadar durante media hora, completamente desnuda. Una de las puertas de la sala de armas daba al parque y la otra a una especie de claustro que cercaba un patio interior. Sobre el agua caliente de la piscina las altas ventanas proyectaban en las mañanas soleadas lunares amarillos y sombras de ramaje verde. La duquesa se divertía en la piscina como una niña. Sus gritos sonaban bajo la bóveda entre las piedras grises que modelaban el eco dándole una sonoridad de castillo o monasterio. A veces, después de desnudarse decía: «Qué rara esta facilidad con la que una se queda en cueros». Lo solía decir mirando un maniquí que se usaba para las clases de florete y que parecía montar la guardia al lado de los armeros. No era extra-

ño que la duquesa pidiera a la doncella que levantara por una esquina el repostero que cubría una parte del muro. La doncella lo hacía y casi siempre salía volando una minúscula mariposa blanca. La duquesa se tranquilizaba viendo que entre el repostero y el muro no había nadie.

Frente al pequeño trampolín desde donde la duquesa saltaba, había al otro lado de la piscina un espejo que la reflejaba entera y, viéndose con esa mirada recelosa con que las mujeres se contemplan, recordaba: «De niña me decían que si me miraba al espejo desnuda vería al demonio». Desde entonces se había contemplado muchas veces sin verlo y llegó a la conclusión de que el demonio podía estar en la complacencia con que ella misma se miraba. Pero al diablo no le había tenido nunca miedo —«quizá, se decía, porque es masculino»—. Ni en sus años de infancia dejó de percibir que el demonio era una especie de buen mozo donjuanesco de la Iglesia. A su confesor le había dicho un día, en los tiempos en que leía mucho y tenía «la manía interpretativa»:

—Al diablo yo lo imagino como un joven galán sabio y hermoso. Es para mí algo parecido a lo que debía ser Apolo para los gentiles.

Su confesor reía y la amonestaba.

La duquesa era una joven dama de costumbres regulares. A pesar de su belleza no había dado que hablar —cosa rara— ni de soltera ni de casada. Esto no quiere decir que hiciera una vida monacal. Como era huérfana de madre y su padre andaba distraído con sus amantes y sus caballos, quedaba en una gustosa libertad que aprovechaba viajando y cultivando algunos deportes. Poco a poco los deportes los dejó porque le hacían «demasiados músculos» —ésa era por lo menos la excusa oficial ante sí misma— pero en realidad porque, fuera de España, la «libertad deportiva» era entendida en la práctica con un sentido doble y la duquesa odiaba los equívocos. Generalmente se hacía acompañar de su tía la baronesa de Alcor, que tenía la manía de

los viajes. Fue en uno de ellos —en Suiza— donde conoció a Esteban R., marqués de R. Tenía en Madrid una fama de mujeriego terrible y se parecía a la imagen que de niña se había hecho la duquesa del diablo. Por ambas razones lo encontró interesante y durante algún tiempo anduvieron juntos por todas partes. Pero Esteban —se decía ella— no era tan terrible como parecía. Cuando se dio cuenta de que la trataba a ella «de otro modo» porque se había hecho la idea de casarse con ella, se llevó una gran decepción sin saber por qué, volvió a Madrid y en pocas semanas se casó con el duque de Alcanadre, hombre amable, serio y cuidadoso de las conveniencias sociales. Lo dominaba la duquesa de tal modo que engañarlo le hubiera parecido un inútil abuso de autoridad. La duquesa no era, por otra parte, una mujer de fuerte temperamento.

El duque hallaba en el carácter de su mujer una armonía no permanente, sino cambiante y llena de pequeñas o grandes sorpresas. Cuando éstas llegaban dulcemente, como las de los colores y las formas bajo la luz natural, siempre igual y siempre diferente, se sentía encantado. Pero a veces la duquesa tenía genialidades desconcertantes y esos cambios súbitos alarmaban al marido, que estaba enamorado de ella hasta el extremo que puede estarlo un hombre incapaz de pasiones. Un día le había dicho él que era un monstruo, pero que la quería como era.

La duquesa se puso muy seria:

—Un monstruo al que podemos amar ya no es un monstruo sino un prodigio.

Se llevaban bien porque nunca trataba de entrar ninguno de los dos en el fondo de los sentimientos del otro. La duquesa solía decir: «Somos un matrimonio ideal porque no estamos enamorados».

Esa mañana de julio de 1936 seguía la duquesa nadando en la piscina y pensando que la tardanza en salir aquel verano de Madrid comenzaba a llamar la atención de sus parientes y amigos. Nadaba completamente desnuda y en-

tre los planos de mármol de la piscina su cuerpo resbalaba con movimientos suaves. Flotaba inmóvil en la superficie cuando Rómulo llamó a la puerta que daba al jardín. Era un hombre de media edad. Tenía una cabeza romana, de campesino cordobés. Hablaba poco y sus ideas sobre las cosas y las personas eran muy sólidas. Como todos los campesinos se había hecho su filosofía y le gustaba generalizar. De la vida decía que era «un lío de viceversas» y Rómulo trataba de poner orden en aquel lío siendo uno de los mejores jardineros de la corte. Llamó por segunda vez y la doncella fue a abrir. Como la puerta estaba desviada de la piscina — la sala de armas era enorme y formaba un ángulo—, la doncella abrió. La duquesa los oyó discutir. La voz de tiple de la sirvienta y la de bajo del jardinero hacían un curioso contraste. Rómulo insistía en que la duquesa le había dado órdenes especiales. La duquesa intervino de pronto diciendo:

—Rómulo, pasa.

La doncella se adelantó:

—Señora, es un hombre.

La duquesa arqueaba las cejas:

—¿Rómulo un hombre?

Y reía con un breve gorjeo de pájaro. Rómulo estaba allí y ella reía todavía. La doncella trataba de plegar una toalla, pero le temblaban las manos. La voz de Rómulo dando los buenos días temblaba también. La duquesa seguía flotando boca arriba, moviendo ligeramente las manos y los pies. Rómulo, que había oído la frase de la duquesa y el gorjeo con el que consagraba y sellaba su desdén —«¿Rómulo un hombre?»—, pensaba que si desviaba la mirada del cuerpo de su señora hacía una denuncia de lo inconveniente de la situación y seguía mirando sin pestañear y también —fuerza es decirlo— sin ver. Por el hecho de tener delante a la duquesa desnuda se sentía otro y la necesidad de comprender a «aquel otro» —que representaba una brutal sorpresa— le impedía darse cuenta de lo que estaba viendo. La du-

quesa tomó el sobre que le alargaba Rómulo, lo abrió, leyó algo en un papel, volvió a guardar este papel en el sobre, lo dio a la doncella y se quedó mirando a Rómulo:

—¿El que trajo la carta era un chófer de los señores de M.?

—Sí, señora.

—¿Está esperando?

—Sí, señora.

—Dile que llamaré yo al mediodía.

Rómulo no podía moverse. Afortunadamente, la doncella se interpuso y extendiendo toallas al borde de la piscina, rompiendo la rigidez del aire en aquel espacio donde la luz parecía haberse cristalizado, hizo posible que el jardinero moviera un pie, tratara de marcharse y se fuera, por fin. Cuando salió al parque la cabeza le daba vueltas. Volvió a la portería despacio, mirando sus propios pies, a los que iba ligada la sombra de su cuerpo. No comprendía nada. Ni la sombra, ni sus pies, ni sus propios ojos deslumbrados. Cuando llegó se había olvidado de los que llevaron la carta y al ver el coche ante la verja pareció despertar.

Entretanto la doncella, asustada, mostraba su espanto en cada gesto, en cada mirada, en cada silencio. Y pensaba: «¡Al lado de la señora pasan cosas como en los sueños!». La duquesa se dio cuenta y dijo:

—¡Un jardinero no es un hombre!

Se volvió de lado y comenzó a nadar a grandes brazadas. Salió luego del agua, volvió a tomar el sobre, sacó de su interior un telegrama, lo leyó de nuevo y lo quemó después en un hornillo eléctrico que había en el tocador. No hablaba. El silencio tenía entre aquellos muros de mármol y piedra castellana como un aura dorada. En el parque se oyó frenar un coche y poco después la voz del duque sonaba al otro lado de la puerta pidiendo permiso para entrar.

—Espera —contestó la duquesa, reclamando el alboroz en el que se envolvió.

Cuando el duque pudo entrar, la doncella salió discretamente. El duque, con una expresión sombría, daba nerviosos paseos entre el tocador y la piscina:

—No he encontrado a nadie en su casa. Yo creo que han salido ya todos y que están en sus lugares de destino.

La duquesa lo escuchaba de espaldas, atenta al espejo. Se miraba a sí misma con la mirada aguda y sagaz con que se mira a una rival:

—Ya te había dicho que no te molestaras —dijo—, porque las noticias nos llegarían aquí.

Señalaba el papel quemado sobre el mármol y decía:

—Mañana a las siete.

El duque jugaba una carta peligrosa y era la primera vez que los de Arlanza o los de Alcanadre arriesgaban tanto desde hacía siglos. La duquesa miraba a su marido con una curiosidad discreta e iba viendo en su porte tan pronto una decisión firme como una sombra de desaliento. Sus nervios la irritaban aunque sabía que eran «los nervios de la víspera». En cuanto el acontecimiento —fuera propicio o adverso— se produjera, el duque recobraría su calma habitual.

—¿Qué va a pasar? —preguntaba él.

—Siempre has creído que el triunfo era seguro y fácil.

—A medida que se acerca el momento se ven mejor las dificultades. ¿Tú qué crees?

—Que hay una manera de triunfar siempre.

—¿Cómo?

—Basta con saber perder.

El duque repetía que no podía seguir en Madrid y que el día le estaba pareciendo desesperadamente largo. No hallando un programa mejor decidieron irse a Segovia, donde pasaba el verano el padre de la duquesa. Comerían con él y volverían a última hora de la tarde. Ella quería asegurarse antes de que no estaba su padre con «la bruja». La duquesa hubiera tolerado a aquella mujer, que no conocía, si se tratara sólo de una antigua amiga de su padre. Pero muchos años atrás —recién nacida ella— aquella mujer

apareció mezclada en el escándalo de la muerte de la duquesa madre (una venenosa sucesión de comadrerías) y el nombre del duque fue a veces traído y llevado con demasiada ligereza. Se hablaba de suicidio y oficialmente en eso quedó el asunto, pero la gente seguía hablando y en la conciencia de la duquesa había quedado la sombra de una duda, lo que bastaba para que no pudiera ya pensar en aquella mujer sin repugnancia. No culpaba, en cambio, a su padre y cuando analizaba la benignidad de su propio fallo en aquel difícil asunto se decía: «No lo acuso quizá por comodidad».

Cuando la duquesa estuvo lista salieron para Segovia. Quedó el palacio con las puertas cerradas y Rómulo sentado en el umbral de la casa de ladrillo rojo que se disimulaba entre los árboles a un lado de la verja. Allí vivía desde hacía quince años. Miraba por encima del periódico a su esposa Balbina, que iba y venía atareada. Dentro de su imaginación nacía, fructificaba, quería crecer y extenderse aquel Rómulo que había entrevisto en la piscina y que seguía sin comprender. No era completamente nuevo. Lo había conocido, a aquel Rómulo, cuando tenía diecinueve o veinte años. Pero poco tiempo después la imagen fue perdiendo gallardía y acabó por perder también las líneas y las formas. Poco antes de cumplir Rómulo treinta años se desvaneció. Era aquel un Rómulo más seguro de la vida, de sí mismo, pero de pronto recordaba las palabras de la duquesa —«¿Rómulo un hombre?»— y se sentía vacilar. Recordaba la risa que siguió a estas palabras y se sentía en ridículo. Preguntó a su mujer:

—¿Qué dirías tú, Balbina, si yo te preguntara lo que es un hombre?

La mujer lo miraba queriendo averiguar lo que sucedía dentro de aquella cabeza. Por fin dijo:

—¿No sabes tú mejor que yo lo que es un hombre?

Pero Rómulo preparaba otra pregunta más difícil. Tan difícil que no se atrevía a hacerla. Por fin dijo:

—¿Tú te dejarías ver desnuda por el señor duque?

Sintiéndose halagada, Balbina contestó:

—¡Qué ocurrencia! ¡De ningún modo!

—¿Por qué?

—El señor duque es un hombre.

¡Ah, Rómulo no lo era! —La duquesa lo había dicho—.

La duquesa se rió —«¿Rómulo un hombre?»— porque la sola idea la hacía reír. Rómulo se pasaba la mano por la frente sin comprender. Al mediodía, Rómulo, no pudiendo más, fue en busca de la doncella de la duquesa y la encontró sentada a la mesa en el comedor de criados. Rómulo le dijo en voz baja:

—¿Has visto lo que ha sucedido esta mañana?

—¿Que entregaste una carta a la señora?

—Sí, pero hubo algo extraordinario y fuera de lo corriente.

—¿Qué?

—Algo increíble.

La doncella le ofrecía una silla:

—Es verdad, según el orden del servicio tenía que ser un criado de estrados quien entregara la carta y no tú.

—No es eso, mujer. Tú me entiendes.

La doncella sonreía:

—Rómulo, después de afeitarte te queda una sombra azul en la cara que te va muy bien.

—Déjate de simplezas. ¿Tú oíste aquello?

—¿El qué?

—Lo que dijo la señora.

Ella lo miraba extrañada:

—La señora dijo que iba a Segovia.

Rómulo comenzaba a darse cuenta de que su insistencia delante de la doncella indiferente era también ridícula.

—Bien, está bien —dijo.

Y fue saliendo. Volvió a su casa con lentos andares. Consideraba más humillante el incidente después de ir a buscar en vano la explicación de la doncella.

A media tarde, estando Rómulo en el cuarto cuya ventana daba a la calle, oyó tocar en el cristal con un bastón. Rómulo se acercó y no vio a nadie: «¿Por qué no tocan el timbre?». Balbina, su mujer, decía: «Debe ser Elena». Rómulo salió de mal humor al parque.

Junto a la entrada de coches había otra puerta mucho más pequeña. Al otro lado estaba *Elena*. A pesar de su nombre no era una mujer sino un hombre de unos cuarenta años, tan pequeño que apenas llegaría a las rodillas de Rómulo. Como contracción de *el enano* la gente lo llamaba *Elena*. Iba cuidadosamente vestido y tenía en su enorme cabeza una expresión muy dura. Solía decir de sí mismo con orgullo: «Pequeño, pero cenceño». Trabajaba en una cerería del barrio y había intentado en vano, años atrás, entrar en el servicio del palacio. Al ver a Rómulo en mangas de camisa, dijo:

—¿No están sus excelencias?

—No.

—Lo siento. Venía a comunicarles algo sensacional. Usted puede decírselo, señor Rómulo.

—¿Yo? ¿El qué?

—Han asesinado a Calvo Sotelo.

A Rómulo aquel nombre no le decía nada. *Elena* añadía, haciendo una pequeña flexión de piernas:

—Usted vive en el limbo.

Después, como si no valiera la pena iniciar a Rómulo en las cuestiones políticas:

—Dígales eso a sus señores.

Se dio cuenta de que Rómulo no pensaba decírseles y añadió, para hacer ver que el orden del servicio no le era desconocido:

—Dígalo al mayordomo, él se lo dirá al administrador y éste al secretario de su excelencia.

Luego se fue sobre sus cortas piernas, contoneándose. Rómulo lo vio acercarse a un portal, al otro lado de la calle, mirar cuidadosamente abajo y arriba y, al ver que no había

nadie, pintar con tiza una svástica en la puerta. Rómulo volvió a la portería y dijo a su mujer: «No puedo con ese tío. Me revuelve el estómago». Balbina exclamó: «¡Pobre desgraciado de Dios!». Rómulo protestaba: «No veo por qué lo compadesces. Es la criatura más satisfecha de sí misma que he visto en mi vida». Pero Rómulo seguía inquieto recordando el incidente de la piscina. No podía acostarse mientras no volvieran los señores y era ya muy tarde cuando oyó el coche. Abrió la puerta deslumbrado por los faros. Aquella luz parecía proceder de la duquesa, de la misma duquesa a la que imaginaba, sin poderlo evitar, desnuda en el coche igual que en la piscina. No pudo ver quién más iba dentro, aunque reconoció al chófer, que contestó a sus buenas noches. Rómulo, después de cerrar, se acostó y cuando llevaba una hora en la cama sonó a su lado el timbre del teléfono. Le hablaba el mayordomo diciendo que el señor iba a salir otra vez. Rómulo se vistió apresuradamente y salió a abrir y a cerrar la verja. Cuando volvía vio luz en el ala del palacio donde estaban las habitaciones de la duquesa. Era muy tarde. Oyó una radio lejana dando noticias. Rómulo, sintiendo que había novedades en las costumbres de la casa volvió a su dormitorio.

—Pasa algo —dijo a su mujer.

—Sí, yo también veo que hay demasiado movimiento, como si en la familia estuviera naciendo un niño o muriéndose un viejo.

Esto hizo gracia a Rómulo, quien trataba en vano de dormir. En el palacio seguía la agitación. Los teléfonos sonaban con frecuencia. Balbina le dijo que debía levantarse y estar vestido por si le llamaban, pero Rómulo no le contestó. Al fin las luces fueron apagándose y los rumores se extinguieron. Rómulo se durmió.

A las ocho del día siguiente, Madrid era un campo de batalla. A las diez la lucha parecía concentrarse en el Cuartel de la Montaña, aglomeración de edificios militares que dominaba una colina aislada por parques y avenidas entre

la plaza de España y Rosales. Al mediodía, después de varios asaltos que costaron centenares de vidas, el pueblo madrileño consiguió tomar la colina y reducir a los rebeldes. En pocas horas el aspecto de la ciudad había cambiado. Sucedieron de la manera más natural y simple las cosas más extrañas. El aire de Madrid, que era un aire de día de labor, sacudido por los cañonazos parecía de fiesta. En el patio del Cuartel de la Montaña encontraron después de la batalla más de cincuenta oficiales y jefes muertos. En los bolsillos de uno de ellos aparecieron los documentos del duque de Alcanadre.

A media tarde se presentó delante de la verja del palacio el coche Hispano en el que el duque había salido la noche anterior. Tenía dos balazos en el parabrisas. Iba lleno de gente joven con fusiles y brazaletes republicanos. Rómulo estuvo mirándolos sin comprender. Nada de aquello le parecía serio. «Parece —pensó— que están haciendo una película».

—¿No es ése el coche del señor? —preguntó ingenuamente.

—El señor no existe —dijo uno de los milicianos, subrayando «el señor»—, y el coche ha sido requisado por las milicias republicanas.

Diciendo esto señalaba un papel pegado al parabrisas con un sello. Rómulo les pidió que esperaran y fue al interior del palacio. La duquesa estaba en el vestíbulo mirando a través de los cristales. Rómulo iba repitiéndose por el camino aquella palabra —requisado— que oía por vez primera en su vida. A la expresión «el señor no existe» no sabía qué sentido darle. Ante la duquesa, que lo miraba en silencio, comenzaba a sentirse de nuevo «el otro Rómulo». Repitió las palabras de los milicianos y la duquesa, un poco pálida, dijo:

—No se puede resistir. Ábreles.

El viejo mayordomo intervino:

—Antes de abrir lo mejor será que la señora se retire.